

hombre es charlatán é hipócrita en sus sentimientos. Hay hombres, como Nathán, de quien ya le he hablado á usted, que son farsantes en sus palabras, pero que en el fondo no dejan de tener buena fe. Esta clase de hombres se engañan á sí mismos. Montados sobre los zancos de su popularidad, se engríen; llegan á creer que su altura es natural, y hacen truhanerías con una especie de inocencia; tienen la vanidad en la masa de la sangre; han nacido comediantes y fanfarrones, y son capaces de reirse de sí propios. Por lo demás, no dejan de ser generosos, y, como el brillo de los vestidos regios de Murat, atraen hacia sí el peligro. Pero la falsía de Conti no será nunca conocida más que por su querida. En su arte posee la célebre envidia italiana que llevó á Carlona á asesinar á Piola, y que valió un estiletazo á Paesiello. Esta envidia terrible se esconde bajo la más graciosa amabilidad. Conti no tiene el valor de ostentar su vicio, y sonríe á Meyerbeer y le halaga, cuando quisiera verle muerto. Comprende su debilidad y aparenta fuerza, y su vanidad, por otra parte, le hace fingir los sentimientos más ajenos á su corazón. Se las echa de artista que recibe sus inspiraciones del cielo, cree que el arte es algo santo y sagrado, resulta sublime en sus burlas del mundo y posee una elocuencia que parece denotar una profunda convicción. Ese hombre es un vidente, un demonio, un dios, un ángel. En fin, Calixto, aunque está usted prevenido, ya verá como ese hombre le engañará. Ese hombre meridional, ese artista ardiente, es frío como el mármol. Escúchele usted: *el artista es un misionero y el arte es una religión que tiene sus sacerdotes y debe tener sus mártires*. Cuando empieza á hablar, Jenaro emplea el estilo enfático más exagerado que jamás haya podido emplear hombre alguno. Admirará usted sus convicciones, y, sin embargo, él no cree en nada. Elevándole al cielo con un canto que parece misterioso y que destila amor, le dirigirá una mirada extática para contemplar la admiración de usted y preguntarse: «¿Seré yo acaso un dios para ellos?» y casi al mismo tiempo se dice para sus adentros: «No, he comido demasiados macarrones». Cuando se cree usted amado por él, resulta que le odia sin que usted pueda saber por qué; pero yo, por mi parte, lo sabía: había visto el día anterior á una mujer, la amaba por capricho y me insultaba, dispensándome un falso amor y caricias hipócritas y haciéndome pagar cara su forzada fidelidad. Finalmente, no se ve nunca saciado de

aplausos; lo imita todo y se burla de todo; finge lo mismo el dolor que la alegría, y lo logra admirablemente. Es agradable; le quieren y puede ser admirado cuando le place. Cuando yo le dejé, odiaba su propia voz, que le había proporcionado más éxitos que su talento de compositor, pues prefiere ser hombre de genio, como Rossini, á ser un artista de la fuerza de Rubini. Yo había cometido la falta de unirme á él, y estaba resignada á adornar aquel ídolo hasta el fin. Conti, como muchos artistas, es sensual, comodón, presumido, y yo halagaba todas sus pasiones y amaba aquella naturaleza débil y astuta. Era envidiado, y, sin embargo, mis sonrisas iban á veces impregnadas de piedad. Yo estimaba su valor, pues es valiente, y, según dicen, la valentía es la única virtud que no puede fingirse. En cierta ocasión, yendo de viaje, le puse á prueba, y vi que no tuvo inconveniente en arriesgar una vida que tanto ama; sin embargo, en París, ¡cosa rara! le vi cometer lo que yo llamo cobardias de pensamiento. Amigo mío, como yo sabía todas estas cosas, le dije á la pobre marquesa:

«—No sabe usted en qué laberinto se mete. Usted es el Perseo de una pobre Andrómeda. Si él la ama, tanto mejor, pero me temo mucho que se engañe usted, porque ese hombre sólo se ama á sí propio.»

—Jenaro —continuó Felicidad— se sintió extraordinariamente halagado en su amor propio. Como yo no era marquesa ni Casterán, fui olvidada en un solo día; pero quise proporcionarme el triste placer de estudiar á fondo aquella naturaleza. Aunque ya conocía el desenlace, quise ver cómo se las compondría Conti. Querido mío, en una semana presencié en aquel hombre sentimientos verdaderamente horrorosos é infames subterfugios. No quiero decirle á usted nada más de él, porque ya lo verá usted aquí. Únicamente le diré que, como sabe que yo le conozco, hoy me odia, y si pudiese asesinarme sin que nadie lo supiese, yo no viviría un segundo. Yo nunca le he dicho una palabra á Beatriz, y el último y constante insulto de Jenaro consiste en creer que soy capaz de comunicar mi triste saber á la marquesa; pues como él no tiene buenos sentimientos, cree que todo el mundo carece de ellos. Conmigo sigue fingiendo aún que se considera desgraciado por haberse separado de mí. Para él toda mujer es una virgen, y es preciso vivir mucho tiempo con él para descubrir su falsa buena fe

y el estilete invisible de sus burlas. Su aire convencido engaña al mismo Dios; de modo, que será usted engañado por sus maneras astutas, y no creerá usted nunca en los profundos y rápidos cálculos de sus pensamientos íntimos. Pero dejémosle; yo he sabido llevar mi indiferencia hasta el punto de recibirle en mi casa, y esta circunstancia ha contribuído á que el mundo más perspicaz no se haya dado cuenta de esta intriga. Aunque Jenaro estuviese ebrio de orgullo, necesitaba, sin duda, acreditarse ante Beatriz, y supo disimular admirablemente los lazos que les unían, lo cual no dejó de sorprenderme, pues yo esperaba verle haciendo algo para hacer pública su dicha. Pero no ocurrió así, pues la marquesa fué la que se comprometió, después de un año de dicha, sometida á todas las vicisitudes y á todos los azares de la vida parisiense. He aquí cómo: hacía varios días que no había visto á Jenaro, y yo había invitado á éste á comer á mi casa, adonde ella debía venir también por la noche. Rochefide no sospechaba nada de todo esto; pero Beatriz conocía tan bien á su marido, que, según me había dicho ella varias veces, hubiera preferido las más grandes miserias, á la vida que le esperaba al lado del marqués, en el caso de que éste tuviera derecho á despreciarla ó á atormentarla. Yo había escogido el día de la velada de nuestra amiga la condesa de Montcornet. Después de haber visto que servían el café á su marido, Beatriz le dejó para ir á vestirse, á pesar de que no empezaba nunca su tocado tan temprano.

«—Aun no ha venido su peluquero — le advirtió Rochefide cuando supo la causa de la ausencia de su mujer.

»—Teresa me peinará—respondió ésta.

»—Pero ¿adónde va usted? Supongo que no irá á las ocho á casa de la señora de Montcornet.

»—No—contestó la marquesa,—pero oiré el primer acto en los Italianos.

»El preguntón baile del *Hurón*, de Voltaire, es un mudo comparado con los maridos ociosos. Beatriz huyó para no sufrir más preguntas, y no oyó que su marido le decía: «Pues bien, iremos juntos». El marqués pronunció estas palabras sin malicia; pues, á pesar de la libertad de que gozaba su mujer, no tenía sospecha alguna de ella. Por otra parte, la conducta de Beatriz no daba motivos de reprobación á la más severa crítica. El marqués contaba ir no sé adónde, sin duda á casa de su querida, y como se había vestido an-

tes de comer, no le quedaba más que tomar los guantes y el sombrero, cuando oyó rodar el coche de su mujer en el patio, entrándole entonces ganas de pasar á la habitación de aquélla, la cual, llena de asombro al verle y dispuesta ya para salir, le preguntó:

»—¿Adónde va usted?

»—¿No le he dicho que la acompañaría á usted á los Italianos?

»La marquesa reprimió las muestras exteriores de su violenta contrariedad, pero sus mejillas se cubrieron de carmín, cual si se hubiese dado colorete, y acabó por decir:

»—Pues bien, vamos.

»Rochefide la siguió, sin echar de ver la emoción que denotaba la voz de su mujer, la cual marchaba devorando la cólera más concentrada.

»—¡A los Italianos!—dijo el marido.

»—No, á casa de la señorita de Touches—exclamó Beatriz.—Tengo que decirle dos palabras—repuso una vez que la portezuela estuvo cerrada.

»El coche echó á andar.

»—Si quiere usted — repuso Beatriz, — le acompañaré primero á los Italianos, y luego me iré sola á casa de ella.

»—No—respondió el marqués,—no son más que las siete y media, y si sólo tiene usted que decirle dos palabras, esperaré dentro del coche.

»Si Beatriz hubiese dicho á su marido: «Váyase usted á los Italianos y déjeme sola», éste habría seguramente obedecido; pero como mujer de talento, sintiéndose culpable, temió despertar sus sospechas, y se resignó. Cuando quiso salir de los Italianos para venir á mi casa, su marido la acompañó, y entrando en mi salón, roja de cólera y de impaciencia, se dirigió á mí y me dijo al oído con el aire más tranquilo del mundo:

»—Felicidad querida, mañana por la noche partiré con Conti para Italia, y le ruego que le diga que haga los preparativos de viaje, y que me espere aquí con un coche y un pasaporte.

»Y dicho esto, partió con su esposo. Las pasiones violentas quieren libertad á toda costa, y como Beatriz sufría hácia ya un año las molestias de la reserva y la prudencia, su actitud no me sorprendió. En su lugar y con mi carácter, yo hubiera hecho lo mismo. Al verse contrariada de la ma-

nera más inocente, resolvió dar una campanada y prevenir la desgracia con otra mayor. Conti demostró una alegría que me afligió en extremo, y me dijo en medio de sus transportes:

»—Esto sí que es ser amado. ¡Qué pocas mujeres perderían así su honra, su fortuna y su consideración!

»—Sí, ella le ama á usted — le dije, — pero usted no la ama á ella.

»Al oír esto, Conti se puso furioso y peroró, y me describió su amor, diciéndome que nunca hubiera creído que se pudiese amar tanto como él amaba. Yo me mostré impasible y le presté el dinero que podía necesitar para aquel viaje que le cogía desprevenido. Beatriz dejó una carta para Rochefide, y partió al día siguiente para Italia, donde permaneció dos años, y de donde me escribió varias cartas llenas de amistosas palabras. La pobrecilla se ha unido á mí, considerándome como la única mujer que puede comprenderla, y, según dice, me adora. La necesidad de dinero obligó á escribir una ópera á Jenaro, el cual no encontró en Italia los recursos pecuniarios que encuentran en París los compositores.»

—He aquí la carta de Beatriz, que usted podrá comprender ahora, si es que á su edad se pueden analizar ya las cosas del corazón — dijo Felicidad tendiendo la carta á Calixto.

En este momento entró Claudio Viñón. Esta inesperada aparición contribuyó á que Calixto y Felicidad permanecieran silenciosos por unos momentos: ella por sorpresa, él por vaga inquietud. La frente ancha y espaciosa de aquel joven calvo á los treinta y siete años, parecía nublada por tristes pensamientos. Su boca inmóvil y seria expresaba su fría ironía. A pesar de las precoces degradaciones de su rostro hermoso en otro tiempo y lívido hoy, Claudio Viñón es imponente. Entre los diez y ocho y los veinte años, era casi el retrato del divino Rafael; pero su nariz, esa parte tan variable del rostro humano, se ha hecho puntiaguda; su fisonomía se ha desfigurado bajo la acción de misteriosas depresiones; los contornos han adquirido la plenitud del mal color, y los tonos plomizos dominan en su tez ajada, á pesar de que nadie conoce las fatigas de este joven, avejentado, sin duda, á causa de una amarga soledad y de los abusos de la comprensión. Este escritor escudriña el pensamiento ajeno, sin objeto ni sistema, y el pico de su crítica demole

siempre, sin construir nada; de manera, que su soledad es la soledad del obrero, y no la del arquitecto. Sus ojos, de un azul pálido, brillantes antaño, están hoy velados por penas desconocidas, ó empañados por taciturna tristeza. La crápula ha esfumado la parte inferior de sus cejas, comunicándole un tinte negruzco. Sus sienes han perdido la frescura. Su barba, de incomparable distinción, está hoy provista de sotabarba, que carece en absoluto de nobleza. Su voz, que era ya poco sonora, se ha debilitado, y sin estar extinguida ni enronquecida, fluctúa entre el enronquecimiento y la extinción. La impasibilidad de su hermosa cabeza y la fijeza de su mirada encubren una irrisolución y una debilidad que se encarga de acusar su graciosa y burlesca sonrisa. Esta debilidad atañe únicamente á la acción, pero no al pensamiento, pues en aquella frente y en la actitud de aquel rostro infantil al par que soberbio, se ven las huellas de una complexión enciclopédica. Este hombre de elevada estatura está ya ligeramente encorvado como todos los que soportan un mundo de ideas. La energía continua y la actividad creadora no han sido nunca patrimonio de esos cuerpos grandes y largos. Carlomagno, Varsés, Belisario y Constantino son en este punto excepciones sumamente notables. Claudio Viñón ofrece indudablemente muchos misterios que adivinar. En primer lugar, es muy sencillo y á la par muy astuto, y aunque cae en los excesos con la facilidad de una cortesana, su pensamiento permanece inalterable. Su inteligencia, capaz de cultivar las artes, la ciencia, la literatura y la política, es incapaz de gobernar su vida exterior. Claudio se contempla en el campo de su reino intelectual y abandona su exterior con una indiferencia diogénica. Satisfecho de penetrarlo todo y de comprenderlo todo, desprecia las materialidades; pero, atacado por la duda cuando se trata de crear, ve los obstáculos sin que le maravillen las bellezas, y, á fuerza de discutir los medios, permanece con los brazos cruzados sin hacer nada. Este individuo es el turco de la inteligencia aletargado por la meditación. La crítica es su opio, y su harén de libros hechos le ha quitado el gusto para emprender nada. Indiferente lo mismo á las grandes cosas que á las pequeñas, se ve obligado á caer en la crápula por el peso mismo de su cabeza para abdicar durante algunos instantes del fatal poder de su omnipotente análisis. Se preocupa demasiado del reverso del genio, y por eso, Camilo

Maupín procuraba atraerle hacia el anverso. Esta labor era seductora. Claudio Viñón se creía tan gran político como gran escritor; pero este Maquiavelo inédito se ríe en su interior de los ambiciosos, sabe todo lo que puede, mide instantivamente su porvenir por sus facultades, se ve grande, contempla los obstáculos, penetra la estupidez de los advenedizos, se asusta ó se desanima y deja transcurrir el tiempo sin poner manos á la obra. Como Esteban Lousteau el folletinista, como Nathán el célebre autor dramático, y como Blondet el periodista, salió del seno de la burguesía, á la cual se debe la mayor parte de los grandes escritores.

—¿Por dónde ha venido usted?—le dijo la señorita de Touches enrojando de dicha ó de sorpresa.

—Por la puerta—respondió secamente Claudio Viñón.

—Ya sé que no es usted hombre capaz de entrar por la ventana—exclamó Felicidad encogiéndose de hombros.

—El escalamiento es una especie de cruz de honor para las mujeres amadas.

—¡Basta!—dijo Felicidad.

—¿Les molesto á ustedes?—preguntó Claudio Viñón.

—Caballero—dijo el sencillo Calixto,—esta carta...

—Guárdela usted, yo no pregunto nada; *á nuestra edad, esas cosas se comprenden*—dijo con aire burlón interrumpiendo á Calixto.

—Pero, caballero...—dijo Calixto indignado.

—Cálmese usted, joven. Tratándose de sentimientos, soy excesivamente indulgente.

—Calixto querido...—dijo Camilo deseando hablar.

—¿Querido?—repitió Viñón interrumpiéndola.

—Claudio bromea—continuó Felicidad dirigiéndose á Calixto,—y hace mal en obrar así con usted, que no conoce las bromas parisienses.

—Nunca he sabido que fuese yo bromista—replicó Viñón con aire grave.

—¿Por qué camino ha venido usted? Ha ya dos horas que no dejo de mirar en dirección del camino de Croisic.

—No miraría usted siempre—respondió Viñón.

—Está usted insoportable con sus bromas.

—¿Bromeo yo?

Calixto se levantó.

—No creo que esté usted tan mal aquí, para marcharse—le dijo Viñón.

—Al contrario—dijo el fogoso joven, á quien Camilo Maupín tendió la mano, que él besó en lugar de estrechar, depositando en ella una ardiente lágrima.

—Quisiera ser ese joven—exclamó el crítico sentándose y cogiendo el extremo de la pipa turca.—¡Cómo amaría!

—¡Demasiado! y así le ocurrirá que no le amarán á él—objetó la señorita de Touches.—¿Ya sabe usted ^{que viene} la señora de Rochefide?

—Bueno—dijo Claudio.—¿Con Conti?

—Conti la acompañará, pero se quedará sola. "ALFONSO REY

—¿Hay tormenta?

—No.

—Tóqueme usted una sonata de Beethoven, pues no conozco la música que este maestro ha escrito para el piano.

Claudio se puso á cargar de tabaco turco la chimenea de la pipa, examinando á Camilo mucho más de lo que ella se figuraba. Un pensamiento horrible le ocupaba: creía ser juguete de una mujer de buena fe. Esta situación era nueva.

Calixto, al marcharse, no pensaba ya en Beatriz de Rochefide ni en la carta, sino que estaba furioso contra Claudio Viñón y compadecía á la pobre Felicidad. ¿Cómo ser amado por aquella sublime mujer y no adorarla de rodillas, prestando fe absoluta á una mirada ó á una sonrisa suya? Después de haber sido testigo privilegiado de los dolores que causaba la espera á Felicidad y de haberla visto volviendo continuamente la cabeza hacia Croisic, Calixto, ignorando, como había dicho Felicidad, las bromas á que suelen entregarse los burlones de la prensa, sentía deseos de aplastar á aquel espectro pálido y frío. Para el joven barón, el amor era una religión humana. Al ver á Calixto en el patio, su madre no pudo contener una exclamación de alegría, é inmediatamente la anciana señorita de Guenic silbó á Marieta.

—Marieta, ahí está el niño. Ponga usted comida para él.

—Ya le he visto, señorita—respondió la cocinera.

La madre, un poco inquieta al ver la tristeza que nublaba la frente de Calixto, y sin sospechar siquiera que era motivada por el pretendido mal tratamiento que Viñón había dado á Felicidad, reanudó su bordado; la anciana tía tomó su media, y el barón cedió el sofá á su hijo y se paseó por la sala como para estirar las piernas antes de ir á dar una vuelta por el jardín. Jamás cuadro flamenco ú holandés representó un interior de tonos tan oscuros como éste, ni

provisto de figuras tan armoniosamente suaves. Aquel hermoso joven, vestido de terciopelo negro; aquella madre tan hermosa aún, y aquellos dos ancianos, encerrados en aquella sala antigua, eran la imagen de las más conmovedoras armonías domésticas. Bien hubiese querido Fanny interrogar á Calixto; pero éste acababa de sacar de su bolsillo aquella carta de Beatriz, que, sin duda, iba á destruir por completo la dicha de aquella noble familia. Al desplegarla, la viva imaginación de Calixto le representó á la marquesa vestida tal como Camilo Maupín se la había descrito fantásticamente.

CARTA DE BEATRIZ Á FELICIDAD

«Génova 2 de julio.

Querida amiga: No le he escrito á usted desde nuestra salida de Florencia; pero Venecia y Roma me han robado muchas horas, y usted sabe perfectamente que la dicha distrae mucho tiempo de la vida. Ni una ni otra hemos de fijarnos en carta más ó en carta menos. Estoy un poco cansada. He querido verlo todo, y cuando se posee un alma difícil de saciar, la repetición de los goces produce cansancio. Nuestro amigo ha obtenido hermosos triunfos en la Scala de Milán, en la Fenicia, y estos últimos días en San Carlos. ¡Tres óperas italianas en dos años! No dirá usted que el amor vuelve á la gente perezosa. Hemos recibido admirable acogida en todas partes. Pero yo hubiese preferido el silencio y la soledad; porque, ¿no es esta la única manera de ser que conviene á mujeres que están en oposición directa con el mundo? Yo creía que hubiese ocurrido así; pero el amor, querida mía, es un amo más exigente que el matrimonio, aunque ¡es tan grato obedecerle! Después de haber amado toda mi vida, no sabía yo que había de ser necesario volver al mundo, ni aun á intervalos, y los cuidados que éste me prodigó han sido para mí otras tantas heridas, porque veía que yo no estaba ya á la altura de las mujeres más distinguidas. Cuantas más consideraciones me guardaron, más odiosa me parecía mi infidelidad. Jenaro no ha comprendido esto; pero como le veía tan feliz, no he querido dejar de inocular mis pequeñas vanidades por una cosa tan grande como la vida de un artista. Nosotras no vivimos más que para el

amor, mientras que los hombres viven para el amor y para la dicha, pues de otro modo no serían hombres. Sin embargo, para nosotras las mujeres existen grandes desventajas en la posición que yo ocupo hoy y que usted supo evitar, permaneciendo grande á la faz del mundo, el cual no tenía derecho alguno á pedirle cuentas: usted había conservado su libre albedrío, mientras que yo no tengo el mío. No hablo de esto más que por lo que afecta á las cosas del corazón, y no á las cosas sociales, de las cuales me he propuesto hacer caso omiso. Usted puede ser coqueta y voluntariosa y tener todas las gracias de la mujer que ama y que puede concederle todo ó negarle todo á su capricho. En una palabra, hoy usted posee aún su propio voto; yo no dispongo ya de la libertad de mi corazón, que tanto me ha gustado siempre ejercer en cuestiones de amor, aunque la pasión sea eterna. Yo no tengo ya ese derecho á reñir riendo, derecho de que tanto y con tanta razón nos gusta usar, porque, ¿no es la sonda con que interrogamos al corazón? Yo no puedo hacer una amenaza; tengo que sacar todos mis atractivos de una obediencia y de un amor ilimitados y tengo que imponerme con la grandeza de mi amor; sin embargo, preferiría morir á separarme de Jenaro, pues mi perdón estriba precisamente en la santidad de mi pasión. Si tengo algunas penas, semejantes á esas nubes que manchan los cielos más puros, y á las que nosotras las mujeres gustamos entregarnos, me las callo, para que no las tome por arrepentimiento. ¡Dios mío! he comprendido tan bien la extensión de mis obligaciones, que me he armado de completa indulgencia; pero hasta ahora, Jenaro no me ha dado motivo alguno para que se despierten mis susceptibles celos. En fin, no veo por qué medio ni razón podría abandonarme este hermoso y querido genio. Angel mío, en este momento me parezco un tanto á esos devotos que discuten con su Dios, porque, ¿no es á usted á quien debo mi dicha? Por este motivo, no puede imaginarse lo mucho que la recuerdo. He visto Italia como la ha visto usted, como se debe ver, iluminada nuestra alma por el amor, como lo está aquella nación por su hermoso sol y por sus obras de arte maestras. Compadezco á los que, excitados incesantemente por las adoraciones que este país reclama á cada paso, no tienen una mano que estrechar ó un corazón donde depositar la exuberancia de sus emociones, que se calman aquí agrandándose. Estos dos años son para

mi toda mi vida, y mi recuerdo sabrá sacar de ellos inagotables goces. ¿No ha formado usted como yo el proyecto de permanecer en Chiavari, de comprar un palacio en Venecia, una casita en Sorrente ó un pabellón en Florencia? ¿No temen igualmente al mundo todas las mujeres amantes? Pero yo, sobre todo, estando perdida para siempre una vez que me separe de él, ¿no he de desear sepultarme en su compañía en algún hermoso país, enfrente de una bonita mar ó de un valle como el que se ve desde Fiesola? Pero ¡ay de mí! somos pobres artistas y la falta de dinero empieza á empujar ya hacia París á los dos bohemios. Jenaro quiere que yo no me aperciba de nuestra pobreza, y va á hacer que se repita en París una obra nueva, una gran ópera. Pero, ángel mío, usted comprenderá tan bien como yo que no me sería posible hoy poner los pies en París; pues aun á costa de mi amor, no quisiera encontrarme con una de esas miradas de mujer ó de hombre que me harían concebir el asesinato. Sí, yo haría picadillo al que se atreviese á compadecerme, como aquella adorable Châteauneuf, la cual, si no estoy engañada, bajo el reinado de Enrique III, arreó su caballo y pisoteó al preboste de París, por un crimen de ese género. Le escribo á usted, pues, para decirle que no tardaré en ir á visitarla á Touches, para esperar en esa cartuja á nuestro Jenaro. ¡Ya ve usted si soy atrevida con mi bienhechora y mi hermana! Mas, si hago esto, es porque estoy segura de que la inmensidad de los favores no engendrará en mí, como en ciertos seres, la ingratitud. Me ha hablado usted tanto de las dificultades del camino, que procuraré llegar por mar á Croisic. Se me ha ocurrido esta idea al saber que hay un buquecito danés cargado de mármol, que irá después á esa á tomar sal. De este modo me evito el cansancio y los gastos del viaje en coche. Ya sé que no está usted sola, y me felicito, porque, en medio de mi dicha, sentía remordimientos. Usted es la única persona en el mundo á cuyo lado podría yo estar sola y sin Conti. ¿No será también para usted un placer el tener á su lado á una mujer que comprenderá su dicha sin envidiarla? Vamos, hasta muy pronto. El viento es favorable y me pongo en marcha, enviándole ante todo un beso.»

—Vamos, también ésta está enamorada—se dijo Calixto cerrando la carta con aire triste.

Esta tristeza repercutió en el corazón de la madre, como si algún resplandor la hubiese hecho ver un abismo. El barón acababa de salir. Fanny fué á echar el cerrojo de la torrecilla y, yendo á apoyarse en el respaldo del sofá en que estaba su hijo, en la misma actitud en que aparece la hermana de Didón en el cuadro de Guérin, le besó en la frente, diciéndole:

—¿Qué tienes, Calixto mío? ¿Por qué estás triste? Me has prometido explicarme tus constantes viajes á Touches. Dime, ¿es verdad que debo bendecir á su dueña?

—Ciertamente que sí, madre querida, pues ella me ha demostrado la insuficiencia de mi educación en una época en que los nobles tienen que demostrar su valor personal para dar vida á su nombre. Hasta ahora estaba tan distanciado de mi siglo como Guéranda lo está de París, y esa mujer ha sido en cierto modo la madre de mi inteligencia.

—No será ciertamente por eso por lo que yo la bendeciré—dijo la baronesa, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Mamá—exclamó Calixto al ver que humedecían su frente aquellas dos perlas de maternidad dolorida.—Mamá, no llore usted, porque aun no hace un momento que, por hacerle un favor, quise recorrer todo el país, desde la garita de los carabineros hasta la aldea de Batz, y ella me ha dicho: «No, no, porque acaso causaría usted una gran inquietud á su madre».

—¿Ha dicho eso ella? Entonces veo que puedo perdonarle el que haya sido causa de muchas de mis inquietudes.

—Felicidad no desea más que mi bien—repuso Calixto, —y muchas veces deja de decir algunas de esas expresiones vivas y dudosas que se escapan á veces á los artistas, para no destruir en mí una fe que no sabe ella que es indestructible. Ella me ha contado la vida en París de algunos jóvenes de la más rancia nobleza, que, saliendo de su provincia como puedo yo salir ahora, dejando allí sus bienes, supieron conquistarse, con el poder de su voluntad y de su inteligencia, una gran fortuna. Yo puedo hacer lo que ha hecho el barón de Rastignac en el ministerio actual. La señorita de Touches me da lecciones de piano, me enseña el italiano, me inicia en mil secretos sociales que nadie en Guéranda puede siquiera sospechar, y, si no me ha proporcionado los tesoros de su amor, me ha dado en cambio los de su alta inteligencia, los de su talento y los de su genio. Esa mujer no quiere ser un